

## 39 París

### LA REVOLUCIÓN

— ¡Viva el rey! ¡Viva *monsieur Necker*! ¡Viva el rey!

La diligencia, que había atravesado la barrera de Charenton, se encontraba detenida frente al Asilo de Niños Expósitos, donde un pregonero anunciaba a la nutrida multitud que el ministro Necker volvía al gobierno y que el rey había convencido al Consejo de que convocara al Parlamento.

— ¿Por qué gritan? —preguntó Berl a su vecino.

— Indudablemente, porque piensan que con el retorno de *monsieur Necker* bajará el precio del pan.

— Efectivamente, el precio del pan es lo que determina todo —le confirmó, un rato después, Zalkind Hourvitz—. Eso es lo que provoca disturbios y derriba a los grandes gobernantes. Hoy se vende a catorce cuartos y medio las cuatro libras. Si aumenta un cuarto, nada más que un cuarto... — Zalkind Hourvitz levantó su mano, de uñas sucias—: Entonces vendrá la Revolución. Y nadie sabe qué saldrá de eso.

Berl había bajado de la diligencia en la terminal de Grand Chatelet y allí le habían indicado cómo llegar a la calle Saint-Denis. La Croix-de-Fer era una casa desvencijada, donde Zalkind Hourvitz ocupaba en el tercer piso un cuarto atiborrado de libros, periódicos, manuscritos tirados por todas partes. La desidia del hombre era aún mayor de lo que había dicho el rabino de Haguenau. Parecía vivir en el fondo de una especie de sillón desfondado y sin duda no era tan viejo como parecía. Leyó la carta del rabino Gugenheim, estudió a Berl de pies a cabeza durante un largo rato y preguntó:

— ¿Tenéis dinero?

— Algo.

— Entonces, invitadme a comer. ¿Coméis casher?

— Sí.

— Entonces iremos al restaurante de Meyer Lion en la calle Michel Leconte.

Allí, mientras saboreaban un tradicional guefilte fish, Zalkind Hourvitz le habló de su partida de Lublín, su estancia en Berlín, donde conoció a Mendelssohn, luego Nancy, Metz, Estrasburgo y finalmente París, donde había llegado tres años antes.

Necesitaba dinero para publicar el manuscrito escrito en Metz *Apología de los judíos*.

Era, a pesar de su aspecto desagradable, una personalidad interesante. Hablaba un francés fluido, agresivo, aunque defectuoso e impregnado de un fuerte acento *idish*. Pero habló en francés sobre la situación y su temor de que la gente, impulsada por la miseria, se lanzara a las calles para entregarse a una violencia cuyas consecuencias tal vez fueran irreversibles. En el restaurante de Meyer Lion engulló su comida como para quedar satisfecho por varios días, y Berl comprendió que no tenía un centavo. Se había postulado para el puesto de director de la sección de manuscritos orientales en la Biblioteca Real, pero su solicitud dormía en un cajón desde hacía varias semanas.

Mientras Berl se buscaba vivienda y trabajo le ofreció compartir su cama: un jergón con una manta sucia sobre el cual dormía vestido. Llevó a Berl a ciertos lugares de París frecuentados por judíos, como el café de la Renommée en la calle Saint-Martin, donde los parroquianos jugaban al dominó y arreglaban el mundo.

Fue allí donde Berl conoció a Jacob Simón, un impresor cuyo tipógrafo acababa de ser arrestado por gritar «¡Muera el rey!». Necesitaba un reemplazante con urgencia, porque no daba abasto con tantos pedidos de gacetillas, volantes y panfletos. Lo tomó a prueba durante dos días y lo contrató por un salario de cuarenta cuartos diarios. Fue un golpe de suerte: en momentos en que miles de hombres buscaban trabajo, sólo los especialistas como Berl tenían posibilidades de colocarse. Ya era hora. Zalkind Hourvitz y él se habían pasado tres días sin comer.

Fue un invierno terrible. El Sena arrastraba témpanos de hielo. Los panaderos violaban la prohibición del Parlamento de vender el pan a precio superior al fijado por el jefe de Policía, la vida era cada vez más cara y difícil. Millares de desocupados, hambrientos, harapientos, se apiñaban frente a las panaderías a la espera de que al cierre les arrojaran un pedazo de pan duro, o asediaban las instituciones de caridad: cuando Berl se quedó sin dinero para compartir, Zalkind Hourvitz fue el día del *shabat* a la pequeña sinagoga de la calle Des Bouchers donde se distribuía vestimentas y alimentos a los más necesitados. Turbas violentas venían por los caminos de la provincia, rompián

las barreras y erraban por la ciudad; horrendas en su miseria, encendían grandes fogatas para calentarse.

El impresor Jacob Simón, que acababa de afiliarse al Club de Amigos de la Libertad, se burlaba:

—¿Qué esperan? Mendigan y agradecen costras de pan y caldo que no es más que agua caliente. ¡Que se sirvan!

—¿Pero dónde? —preguntó Berl ingenuamente.

—Ahí donde está, por Dios: ¡en las casas de los ricos!

Zalkind Hourvitz se oponía de plano a las teorías de Jacob Simon y los dos hombres dejaron de hablarse hasta el anuncio de la convocatoria a los Estados Generales el 27 de abril. Al conocerse el decreto, que otorgaba al Tercer Estado tantos diputados como al clero y la nobleza juntos, Jacob Simón declaró con satisfacción que era el inicio de una revolución, y Zalkind Hourvitz dijo con alivio que así debían hacerse las cosas, por la vía legal.

Berl solicitó un aumento a Jacob Simón, pero como el impresor no pudo concedérselo, le ofreció alojamiento en la buhardilla sobre el taller. Berl aceptó con gusto: no sólo porque la compañía nocturna de Zalkind Hourvitz empezaba a resultarle molesta sino también porque así podría recibir a Marie, joven obrera cuyos padres vivían cerca de la imprenta.

En ese lapso se había acostumbrado a su nueva vida y pensaba que si abandonaba París, echaría de menos sus olores, ruidos, colores. Se había adaptado al hambre y la miseria sin pensar demasiado en ello, apenas le bastaba que no le faltase el pan durante más de un día. Antes bien le preocupaban las imprecaciones de su patrón contra los ricos y los nobles. Empezó a estudiar la situación social en profundidad el día que el patrón de Marie, el fabricante de papel pintado «Réveillon», dijo que reduciría el salario de sus obreros a quince cuartos diarios. ¿Qué había que hacer: destruir todo o tratar de negociar?

Fue entonces cuando recibió carta de Estrasburgo: su padre Joseph le anunciaba, con su escritura serena y bella, que Yente y Noé viajaban hacia París. Añadía que la comunidad de Zolkiew había financiado el viaje, dinero que le sería reembolsado cuando la mujer recibiera los cien *talers* de Berl como indemnización por el divorcio. Joseph agregaba que no estaba seguro de poder impedir el viaje de Yente y Noé a París.

Aterrado, Berl leyó la carta a sus amigos Zalkind Hourvitz y Jacob Simón. El impresor opinó que la decisión de los rabinos carecía de valor y la reivindicación de Yente de fundamentos:

—Si viene a molestarte aquí, no tienes más que enviarla de vuelta a Polonia.

Zalkind, por su parte, citó el *Talmud* con soma:

—Todos los días agradezco a Dios que no haya hecho de mí un *goi*, un esclavo ni una mujer.

Yente se presentó en la calle Montorgueil la tarde del 26 de abril, y Berl sintió a pesar suyo cierta admiración por la tenacidad de la mujer. Luego recordó el dicho: «Quien sienta compasión cuando sea innecesario, será cruel cuando llegue la ocasión de ser compasivo». Se dispuso a enfrentar la situación.

Ella se encontraba de pie junto a su hijo, que tendría unos once años y era tan alto como ella; su vestimenta era demasiado pequeña y sus delgados miembros asomaban por las mangas y las perneras. Tenían como único equipaje una canasta de mimbre. Noé la dejó en el suelo, a sus pies, y se enderezó lentamente, como si hubiese ensayado la escena. Madre e hijo, uno al lado del otro, lo miraban de pie y en silencio, como ángeles del remordimiento. Berl estaba dispuesto a huir, por los techos si fuera necesario, pero bloqueaban la salida. Bruscamente, el silencio se hizo insopportable.

—Sentaos —dijo—, descansad. ¿Tuvisteis buen viaje?

—¿Descansar, nosotros? —La voz serena y dura de Yente le dio escalofríos—. ¿Descansar? En Zolkiew no se conoce esa palabra. No somos príncipes. En cuanto a sentarme, lo haré cuando me des mi dinero.

—¡Pero mira dónde vivo! —se defendió Berl—. No tengo más que una cama y una jofaina. ¡Ni siquiera como todos los días!

—¿Y de qué viven en esta ciudad las mujeres que llevan el pecho descubierto y miran a los hombres impúdicamente? ¿De oraciones? ¿De promesas?

Al escuchar el tono, las palabras y el acento de su infancia, Berl no pudo ocultar una sonrisa. Yente miró a su hijo, indignada:

«¿Lo ves Noé? ¡Mira, se ríe! ¡El sinvergüenza no puede alimentar a su mujer y su hijo, pero ríe!».

Bruscamente algo pareció distenderse en ella, y fue a sentarse en la cama.

—No está muy limpia tu casa —dijo—. ¿Cómo dormiremos?

Berl recordó que, por suerte, esa noche no vendría Marie, y se preguntó si no podría ir a dormir a casa de Zalkind Hourvitz. Desechó la idea: ahora que lo había hallado, ella no le permitiría partir. Finalmente, después de comer un pan que él se reservaba para el día siguiente y un trozo de queso seco que Noé sacó de la canasta de mimbre, se tendieron en la cama, con el hijo entre

ambos. No había alternativa, considerando que sólo poseía un jergón y una manta.

Esa noche, Berl soñó con el paraíso. Estaba tendido bajo un árbol. Cuatro ríos fluían a su alrededor, uno de leche, uno de vino, uno de bálsamo y uno de miel, como dice la descripción de rabí Josué ben Leví, y en sus márgenes florecían ochocientas variedades de rosas y mirtos. Se sirvió el banquete de Leviatán y los ángeles cantaban con sus voces melodiosas. Entonces apareció la dulce Marie:

—«Venga mi amado a su huerto y coma de su dulce fruta» —dijo.

Berl la abrazó, y un calor intenso invadió su cuerpo. Respondió como Salomón, en el Cantar de los Cantares:

—«Yo vine a mi huerto, oh hermana, esposa mía...».

A la palabra «esposa» despertó bruscamente. Todavía era de noche. Pero esa carne... ese olor... Esa mano que lo retenía... Saltó de la cama y, con los pies descalzos sobre las baldosas frías, contemplando esas vagas siluetas envueltas en la manta, ¡comprendió, horrorizado, que había conocido a su mujer! ¡En la misma cama donde dormía su hijo! Se purificó y oró, tiritando de frío, hasta el alba.

Al despertar por la mañana, Yente se limitó a reprocharle el haber llamado a una tal Marie en sueños. ¡Qué hipocresía! ¿Cómo hubiera podido yacer junto a ella, si ella no se hubiera bajado de la cama para cambiar de lugar?

No habló de quedarse ni partir, y él la dejó en el cuarto con Noé y bajó al taller. Jacob Simón estaba excitadísimo.

—¡Ven a ver, Berl! —dijo—. ¡Ven a ver a la Revolución en marcha!

Pequeños grupos de obreros se dirigían al distrito de Saint-Antoine. Las mujeres gritaban, pero los hombres marchaban en silencio, hoscos en su cólera. De repente Berl vio una pancarta donde una mano torpe había escrito «¡Muera Réveillon!».

—¡Mira, Berl! —exclamó Jacob Simón—. ¡El pueblo se hace cargo de la situación! ¡Es el fin de los ricos!

Berl lo arrastró a la carrera hasta Réveillon. Varias decenas de soldados habían levantado una barricada frente a la fábrica, pero a pesar de los fusiles la multitud les pasó por encima como una inmensa ola. Enseguida las ventanas del edificio se abrieron para vomitar muebles, papeles y mercaderías que caían al suelo donde la multitud los rompía, desgarraba y destrozaba con avidez. La violencia atemorizó a Berl.

—Busquemos a Marie —le dijo a Jacob Simón.

La multitud calló al escuchar el repiqueo característico de la caballería al trote: era el ejército.

«¡Fuego!», gritó una voz.

Las balas abrieron huecos en la multitud, pero no lograron dispersarla. El pavimento quedó regado de cadáveres. Los amotinados, enloquecidos de furia, sin temor a los fusiles, saltaban al cuello de los caballos, arrancaban a los soldados de las monturas, los desarmaban, volvían los fusiles hacia ellos. Los hubieran vencido si en ese momento no llegaba un regimiento de la Guardia Real para reforzarlos.

Ese día la policía contó trescientos cincuenta heridos y ciento treinta muertos. Entre éstos estaba la dulce Marie, a quien Berl y Simón encontraron con la cabeza partida. Berl rogó a Simón que le ayudara a llevarla hasta su casa, pero éste sostuvo que era mejor dejarla junto a las demás víctimas de Réveillon, a quienes sus camaradas cargaban sobre carretas para desfilar con ellas por las calles.

—He aquí los defensores de la patria —decían con sombría exaltación—. Dadnos con qué enterrarlos.

Berl les arrancó el cadáver de Marie y, entre sollozos y tropiezos, la cargó hasta su casa, en la calle Montorgueil. A continuación, sin subir al cuarto, fue a la casa de Zalkind.

Al día siguiente se dijo que nadie, cualquiera fuese su calidad o condición, estaba autorizado a reunir a las multitudes en la ciudad, los distritos y alrededores de París. Un poco más tarde se anunció la prohibición de imprimir, publicar y distribuir gacetillas o libelos sin autorización del rey.

Berl pasó la noche con Zalkind y por la mañana volvió a su casa. Yente y Noé estaban sentados en la cama, con la canasta a sus pies.

—Se puede renunciar a todo menos a comer —dijo Yente—. Volvemos a Estrasburgo, tu hijo y yo. Pero volveremos en tiempos más propicios. No creas que te liberas de nosotros, esposo mío.

El tono de Yente no era tan duro como en la víspera. ¿Sabía lo de Marie? ¿Era el recuerdo de la noche pasada? Sea como fuere, Berl los vio desaparecer al doblar la esquina de la calle Montorgueil. La próxima vez, pensó con alivio, tendría más tiempo y dinero para dedicar a ese hijo que no le había dicho una sola palabra.

Los Estados Generales se reunieron el 5 de mayo en Versalles. Jacob Simón asistió, junto con millares de parisienes, pero no escuchó nada. Apenas pudo describir las vestimentas negras con guarniciones de oro y los

sombreros emplumados de los nobles. Recién cuando las noticias llegaron a la calle se supo que el pedido de Tiers, de que los tres órdenes tuvieran poder para verificar los mandatos, había sido rechazado por los privilegiados.

En esos días, después del trabajo, Berl y Jacob Simón acudían al Palacio Real; allí circulaban las noticias, verdaderas o falsas, antes que en otras partes, y se las comentaba en medio de creciente excitación. Lo que se decía en los cafés del Foy, Valois y Correza también ganaba rápidamente la calle.

Una de esas tardes Berl se cruzó con Marx Berr, su amigo de Estrasburgo, que venía a reunirse con los diputados de Alsacia y Lorena a los Estados Generales, porque los judíos de esas provincias estaban autorizados a redactar pliegos de reivindicaciones. Estrechó a Berl contra su enorme pecho.

—¡Nuestro seductor! —gritó—. ¿Qué tal las mujeres de París?

Habló demasiado fuerte, y Berl no supo dónde meterse. Se disculpó, dijo que estaba apurado y lo invitó a visitar la imprenta de Jacob Simón en la calle Montorgueil: seguramente tendría algún texto o lista para imprimir. Marx Berr prometió que lo haría, y cumplió.

En ese momento, a fines de junio, el proceso estaba muy avanzado. Los diputados del Tercer Estado, que decían representar al noventa y seis por ciento de la nación, se habían declarado en Asamblea Nacional y jurado no separarse hasta redactar una Constitución para Francia. Se decía que Mirabeau había abandonado al rey. El ambiente en las calles era cada vez más agitado.

—¡Qué cambios, amigos míos! —dijo Marx Berr, radiante, al entrar al taller.

Dijo que el abate Grégoire lo había recibido en la víspera y le había prometido presentar una moción a favor de los judíos en la flamante Asamblea.

—La prueba de que las cosas cambian es que los he escuchado hablar de nosotros sin hostilidad.

—¡La buena nueva! —dijo Jacob Simón con soma.

Marx Berr miró al impresor como si se sintiera insultado.

—Calmaos, mi buen amigo, no entendéis nada de política.

—En cambio, vos...

—Yo, por lo menos, sé que para hacer aprobar una moción se requiere el voto mayoritario de los diputados. Sé que no habrá garantías para la seguridad de los judíos en tanto la mayoría de los diputados les sea hostil.

—Eso dice el celebérrimo hijo del famosísimo síndico de los judíos de Alsacia. En cambio yo, que soy un humilde impresor, digo que los judíos no

contarán con otras garantías duraderas que las que ellos mismos conquisten.

—¿Conquistar? Se trata de convencer a un pueblo de que debe respetar a otro.

Berl escuchó los argumentos de uno y otro y pensó que ambos tenían su parte de razón. No quería que la discusión tomara un cariz violento, pero desde que la Revolución se había adueñado de todos los espíritus no había manera de calmar a Jacob Simón.

—¿De qué estáis hablando? —replicó el impresor—. No se trata de respetar a un pueblo sino a los hombres. Subrayaba sus palabras golpeando el mármol con sus manos manchadas de tinta: —¡Exi-gi-mos-res-pe-to-por-que-so-mos-hom-bres!

Marx Berr se volvió hacia Berl para tomarlo por testigo de las exageraciones de ese loco furioso.

—Volveremos a hablar de esto cuando las cosas se hayan serenado —dijo Berl—. ¿Te vas pronto a Estrasburgo?

—Mañana o pasado, pero volveré en pocos días. Es aquí donde pasan las cosas.

—Por favor, dile a mi padre... —vaciló, indeciso, y agregó—... que pienso en él.

La dimisión de Necker, la formación de un gabinete hostil a la Revolución, presidido por el anciano mariscal de Broglie, la concentración de un ejército cerca de París, eran objeto de comentarios interminables. El ejército francés, que permanecía estático, era objeto de acerbas críticas. Pero cuando la multitud injurió a los húsares de Berchini y los atacó con piedras y disparos de pistola, el oficial al mando de la guardia perdió su sangre fría y ordenó la carga.

En la imprenta de la calle Montorgueil se enteraron del incidente casi de inmediato gracias a Pierre Sobreuil, un comerciante de papel que iba a entregar un pedido y había sido testigo de la escaramuza.

—¿Hubo muertos? —preguntó Jacob Simón.

—Vi caer algunos.

—¡Entonces es la Revolución!

El impresor se desanudó el delantal y dijo que cerraría el taller hasta el día siguiente.

—Vamos —le dijo a Berl—, ¡los judíos deben estar junto al pueblo!

En el Palacio Real, atestado de gente, se cruzaron con el poeta Molina, siempre al tanto de todo, y el joyero Jonás Nathán, uno de esos que siempre se

preocupan por saber si lo que sucede «es bueno para los judíos». Molina les indicó que lo siguieran y los condujo hacia un joven de levita negra que, parado sobre una mesa, arengaba a la multitud.

—¡Ciudadanos —exclamaba—, los batallones suizos y alemanes van a salir de sus cuarteles para degollamos! ¡Nos defenderemos nosotros mismos! ¡A las armas!

—¡Así se habla! ¡Bravo!

—¡Mueran los suizos!

—¿Cómo nos identificaremos?

Saltaban gritos de todas partes.

—¡Nos identificaremos con cucardas! —replicó el joven de levita negra —. ¿Qué color preferís? ¡El verde de la esperanza? ¡El azul de la democracia americana?

—¡El verde! —replicó la multitud, que crecía constantemente—. ¡Queremos el verde!

El joven sacó una cinta verde de su vestimenta y la fijó a su sombrero. Alzó una pistola.

—¿Quién es? —preguntó Jacob Simón a Molina.

—Se llama Desmoulins, es abogado.

—¡Me gusta este tipo! ¡Qué bien habla!

Berl vio con sorpresa que la gente sacaba pañuelos, trozos de tela y cintas verdes de sus bolsillos. Los que no tenían, arrancaban hojas de los tilos. En poco tiempo las levitas de los hombres y los vestidos de las mujeres se cubrieron de verde. Había violencia en el aire, pero también reinaba una exaltación de día de fiesta.

Era el 12 de julio. Esa tarde, Berl, que temía las exageraciones de Jacob Simón, decidió ir a visitar a Zalkind Hourvitz, quien había recibido un puesto en la Secretaría del Rey para lenguas orientales. Desde entonces aguardaba que le dieran trabajo... y dinero. Ni la escalera desvencijada de la casa llamada «Croix-de-Fer», ni el cuarto desordenado ni el mismo Zalkind Hourvitz habían cambiado. Estaba sentado en su sillón, las piernas tapadas por una manta, como en pleno invierno.

—Encantado de verte —dijo—. ¿Tienes dinero? Entonces invítame a comer en lo de Meyer Lion y cuéntame qué sucede en la ciudad.

De vuelta en Montorgueil, Berl supo por Jacob Simón que mil doscientos guardias franceses se habían entregado con sus armas.

—¿Quién los comandaba? —preguntó Berl.

—Nadie, amigo mío, nadie. ¡Así es la Revolución!

—El *Talmud* dice: «Ruega por la salvación del gobierno; si no fuese por el temor que él inspira, los hombres se devorarían entre dios».

—¡Eso es historia antigua! Pasará bastante tiempo antes de que el espíritu judío se libere de tales pensamientos —dijo Jacob, burlón.

A la mañana siguiente los despertaron las campanas, tocadas a rebato. Berl se esforzó por rezar la oración. Cuanto más turbulentos eran los tiempos, más se esforzaba por observar la regla milenaria.

Jacob Simón se encontraba en el patio junto con algunos vecinos, todos muy excitados.

—¡El pueblo se reúne ante la alcaldía! —le dijo solemnemente a Berl—. ¡Allá vamos! Imprime las proclamas del Club de Amigos de la Libertad y únete a nosotros.

Cuando estaba por terminar el trabajo se presentó un viajero en el taller. Venía de Estrasburgo y traía una carta para Berl Halter. Berl reconoció la letra de su padre.

—¿Dónde está la Revolución? —preguntó el hombre.

—Esta mañana está en la alcaldía —respondió Berl.

Joseph decía que Marx Berr le había transmitido sus noticias, y se alegraba de saber que se encontraba bien y tenía trabajo. También decía que Brintz había sido perdonada y que la sirvienta Jeras se había casado: por consiguiente, podía volver a Estrasburgo cuando lo deseara. Yente y Noé seguían allí y éste trabajaba con él en la imprenta, ¡un polaco de once años es casi un hombre! Había en la carta un tono desusado que preocupó a Berl: juró que viajaría a Estrasburgo lo antes posible.

Limpio el taller y salió a la calle, para chocar con Jacob Simón que volvía, sumamente excitado, con una cucarda azul y roja prendida a la levita.

—¡Por fin sales a la calle! ¡Ya era hora!

—¿Qué sucede?

—¡Y todavía lo preguntas! El pueblo acaba de fundar un Comité Permanente, presidido por Flesselles, el preboste de los comerciantes. Se formará una guardia burguesa. —Se interrumpió y miró a Berl—: ¡No tienes cucarda! ¡Te arrestarán!

Trabajaron durante la noche hasta quedarse sin luz. No tenían dinero para comprar velas ni tampoco aceite, que desde el comienzo de la hambruna se vendía a precios inaccesibles. Les encargaban afiches, proclamas, listas, programas, pero la mayoría de los clientes no estaba en situación de pagar y, en nombre de la Revolución, Jacob Simón se hundía rápidamente en la ruina.

Berl se levantó al alba, pero Jacob Simón ya se había ido. Constantemente llegaban nuevos clientes que improvisaban febrilmente los textos de carteles y pancartas, repetían noticias sin fundamento recogidas aquí y allá y se sentaban en un rincón a redactar nuevas proclamas. Berl trabajaba sin descanso.

Aparentemente la multitud había invadido la villa de los Inválidos y se había apoderado de miles de fusiles; en las calles resonaban disparos. «¡Ya están en la Bastilla!» —gritó una voz desde la calle—. «¡Todos a la Bastilla!». La mujer de Jacob Simón bajó al taller y dijo que iría a la Bastilla, sin aclarar si quería tomar la fortaleza o buscar a su esposo. Berl, por su parte, no se preocupó por el asunto: pensaba que él también, a su manera, hacía la Revolución.

Salió a la tarde, fatigado, la espalda dolorida; le bailaban luces delante de los ojos. En la esquina de la calle Montorgueil se topó con una banda de muchachitos armados con bastones.

—¡Venid con nosotros, ciudadano! —dijo uno—. ¡Cayó la Bastilla!

Había olor a pólvora y humo. Berl se dirigió a la alcaldía. Se cruzó con un grupo de hombres y mujeres que llevaban una cabeza ensangrentada clavada en una pica y corrían quién sabe adónde.

Berl quedó atrapado en la multitud. Gritos, olor agrio a transpiración, una locura exaltada por redobles de tambor, idas y venidas. Por todas partes los oradores lanzaban mueras y vivas. «¡Cómo es esto —escuchó Berl—, pensáis ante todo en la venganza cuando deberíais pensar en la humanidad!». Quiso identificar al hombre, pero la multitud lo arrastró.

—Si nuestro amigo Jonás estuviera aquí —dijo una voz a sus espaldas—, preguntaría si esto beneficia a los judíos.

Era el poeta Molina, que llevaba una cucarda en el pecho y otra en el sombrero.

—¿Viste a Jacob Simón? —preguntó Berl.

—¡Está haciendo la Revolución! Se fue a la imprenta con una lista de hombres a ejecutar...

—¿A ejecutar?

Molina se pasó el canto de la mano por la garganta:

—¡Toda la alta nobleza!

Apenas pudo escapar, Berl se dirigió a los bulevares, donde reinaba una extraña tranquilidad. Los transeúntes se dirigían a sus ocupaciones, los coches

de punto y las carretas cargaban mercadería y pasajeros. Como si fuera otra ciudad.

En el taller reinaba la algarabía y la fiebre. Varios hombres armados —Berl reconoció a algunos miembros del Club de Amigos de la Libertad— se afanaban alrededor del texto de un cartel, peleándose por las comas.

—¡Ajá! —dijo Jacob Simón al verlo—, ¡por fin llegaste, Berl! ¡Nunca estás cuando el pueblo te necesita!

Berl sintió ganas de replicar que él no estaba a disposición del pueblo, pero prefirió callar y ponerse el delantal.

Esa misma tarde varios judíos se reunieron en el taller para decidir si iniciarían alguna acción en nombre de la comunidad. El poeta Molina asistió junto con los representantes de distintas asociaciones judías de París. Zalkind Hourvitz, también presente, remarcó que él sólo se representaba a sí mismo.

El más exaltado era Jacob Goldsmidt, hombre delgado y pálido de origen holandés.

—¡Por el Eterno! —dijo con voz energética—. En este país no se nos reconoce sino deberes. ¡Debemos exigir derechos!

—¿Cuáles derechos debemos solicitar, señor Goldsmidt? —preguntó un hombre gordo de barba rubia.

—«Solicitar», no, señor Trenelle. «Exigir».

—¿Exigir, nosotros? —dijo Abraham Lopes Lagouna, el representante de los portugueses—. ¿Con qué medios? ¿Quién nos escuchará?

—Propongo que redactemos una petición a la Asamblea Nacional en nombre de todos los judíos residentes en París —dijo Goldsmidt.

—¿Quién la redactará?

—Nosotros.

Se constituyó un comité bajo la presidencia de Goldsmidt y la vicepresidencia de Abraham Lopes Lagouna. Se le encomendó reunirse con las diversas comunidades de la capital a fin de conformar una delegación encargada de entregar la petición en Versalles. Berl propuso que Zalkind Hourvitz preparara el anteproyecto del texto. Zalkind agradeció con una sonrisa, quizás la primera que le dedicaba a su amigo desde que se conocieron. Hacia la medianoche los asistentes se despidieron con la sensación de haber iniciado algo importante.

Sin embargo, las esperanzas de los judíos de París sufrieron una amarga decepción cuando se enteraron, varios días después, que sus hermanos alsacianos eran el blanco principal de las explosiones populares. En otras partes atacaban a los nobles, los curas y los representantes del poder real, pero

en Alsacia atacaban a los judíos: sinagogas profanadas, casas destruidas, certificados de deuda quemados. Centenares de judíos huían a Basilea, donde se decía que las autoridades hacían colectas para socorrerlos.

Berl se preguntaba, sumamente preocupado, si no debería viajar a Estrasburgo, pero Marx Berr, que llegó a París con una delegación de judíos de Alsacia para solicitar protección al rey, lo tranquilizó: su familia estaba a salvo en Suiza. Berl pensó en su padre y sintió alivio. Pensó en su hijo y lo invadió la tristeza.

La caída de la Bastilla fue un rudo golpe para la monarquía. Necker volvió al gabinete, Bailly fue nombrado alcalde de París y Lafayette comandante de la Guardia Nacional. Se agregó el blanco al azul y rojo de la cucarda. Pero reinaba el hambre. A veces se reían de ello en el taller, pero sólo para soportarlo mejor.

—Cuando un pobre come pollo —decía uno—, es porque está enfermo o bien porque el pollo estaba enfermo.

—Para comer pollo frío se necesitan dos: el pollo y yo —decía otro.

Jacob Simón ponía fin a estas variaciones interminables con alguna consigna revolucionaria.

—El hambre no mata, amigos. ¡La humillación sí!

En las calles, las patrullas arrestaban a los transeúntes bajo el menor pretexto. Un panadero vecino del taller casi fue ahorcado porque su pan no era lo suficientemente blanco. Un guardia que escoltaba a unas carretas cargadas de harina por poco fue pasado por las armas, acusado de impostor. Los mendigos, aguateros, mozos de cuerda, lustrabotas, se vengaban de su miseria. El 5 de agosto, en medio de un alborozo indescriptible, se supo que, a propuesta de un vizconde, se había aprobado la abolición de todos los privilegios. A partir de entonces todos los franceses eran iguales.

El 22 de agosto el conde de Castellane presentó la siguiente moción a la Asamblea: «Nadie debe ser perseguido por sus opiniones religiosas». Por fin había llegado la oportunidad para hablar de los derechos de los judíos. Al día siguiente Jacob Simón consiguió una copia del discurso de Rabaut Saint-Étienne y lo imprimió en un cartel: «Por consiguiente, señores, pido para los protestantes franceses, para todos los no católicos del reino, lo mismo que pedís para vosotros mismos: la libertad y la igualdad de derechos. Lo pido para ese pueblo desarraigado de Asia, siempre errante, siempre proscripto, perseguido constantemente desde hace dieciocho siglos, que adoptaría nuestras costumbres y hábitos si nuestras leyes les permitieran integrarse a

nosotros, y cuya moral no debemos fustigar porque es fruto de nuestra barbarie y de la humillación a la que lo hemos condenado injustamente».

—¡Este hombre quiere hacemos un bien, pero no nos conoce! —dijo Zalkind Hourvitz después de leer el texto.

—¿Y qué le objetáis? —preguntó Jacob Simón como si hubiese sido agredido.

—Que nuestra moral no es fruto de la barbarie de nadie... La barbarie simplemente nos ayudó a no transgredir nuestra moral. Pero olvidémoslo, agradezcamos al bueno de Rabaut Saint-Étienne.

Tenía el texto de la petición de los judíos cuya redacción le había sido encargada y lo leyó en voz alta ante los dos o tres centenares de judíos reunidos en la imprenta y el patio.

—Sin duda —comenzó—, y así queremos creerlo, vuestra justicia no depende de nuestras solicitudes ni ruegos. —Hablabía con voz fuerte, sin vacilar, y su acento judío era más pronunciado que nunca—. Al devolver al hombre su dignidad primordial —prosiguió—, y el goce de sus derechos, no habéis hecho distinción entre un hombre y otro hombre. Esto nos corresponde, igual que a los demás miembros de la sociedad. Los derechos que de ahí derivan también nos pertenecen.

Hubo algunos aplausos, y un hombre llamado Joseph Pereyra Brandon propuso que se enfatizara el concepto de que los judíos formaban parte de la nación francesa.

—¡Pero eso va de suyo! —replicó Jacob Goldsmith.

Joseph Pereyra Brandon insistió:

—No debemos dar la impresión de que sólo nos consideramos franceses a partir de hoy.

Discutieron largamente, hasta adoptar la formulación propuesta por Trenelle padre: «Somos franceses. El pueblo tiene la mala costumbre de consideramos extranjeros en la nación».

La petición fue entregada a la Asamblea Nacional tres días después, el 26 de agosto, día de la aprobación de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.

Al día siguiente, Marx Berr apareció en la imprenta. Venía de Estrasburgo para conocer el texto de la petición, y lo aprobó. Le dijo a Berl que, al mejorar la situación de los judíos en Estrasburgo, su familia había vuelto. Y agregó:

—¡Ah, sí, casi me olvido!... Tu mujer está encinta. ¡Bravo, amigo mío! ¿No te bastan tus amantes?

Rió de buena gana, como si Berl fuese un bromista sin remedio.